

De la sonrisa al signo de alegría. La perspectiva de segunda persona y la expresión facial durante la infancia temprana

From the Smile to the Sign of Joy. The Second-Person Perspective and Facial Expression During Early Childhood

Fernando Gabriel Rodríguez

Universidad Argentina de la Empresa (UADE) / Instituto de Ciencias Sociales y
Disciplinas Proyectuales (INSOD), Argentina
fgrxyz@gmail.com

Resumen

La reivindicación del cuerpo en la psicología cognitiva y la filosofía de la mente se ha unido a la de la intersubjetividad en la denominada perspectiva de la segunda persona. La precedencia ontogenética de esta visión no conlleva sin embargo desafectación de las teorías competidoras, por lo cual se hace preciso esclarecer de qué manera las tres pueden coexistir explicando distintos casos de la atribución mental. Junto con ello, se ha tornado objeto de debate si la comprensión de la expresión facial del otro es *in origine* por percepción directa o corresponde a un proceso semiótico. El texto trata ambas cuestiones y argumenta en favor de una primitiva percepción no semiótica de la emoción en el rostro y el cuerpo de los semejantes, la cual sería más tarde objeto de una semiotización cuando el complejo -en el comienzo indisociable- expresión-emoción se escinda en partes como efecto de la interrupción del contacto afectivo-corporal directo en las interacciones adulto-bebé.

Palabras clave: intersubjetividad, emoción, corporeidad, signo, semiotización.

Abstract

The reclamation of the body in cognitive psychology and philosophy of mind has been united with that of intersubjectivity in the so-called second-person perspective. The ontogenetic precedence of this view does not, however, entail disaffirmation of the competing theories, which is why it is necessary to clarify how the three can coexist in explaining different cases of mental attribution. Along with this, it has become a matter of debate whether the under-



Received: 06/01/2023. Final version: 24/10/2023

eISSN 0719-4242 – © 2023 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 Internacional License



CC BY-NC-ND

standing of the facial expression of the other is *in origine* by direct perception or corresponds to a semiotic process. The text addresses both questions and makes a case for a primitive, non-semiotic perception of emotion in the face and body of other people. The text addresses both questions and makes a case for a primitive, non-semiotic perception of emotion in the face and body of other people, which would later be the object of a semiotization when the -originally inseparable- expression-emotion complex splits into parts as a result of the interruption of direct affective-bodily contact in adult-baby interactions.

Keywords: intersubjectivity, emotion, corporeality, sign, semiotization.

1. Introducción

El abordaje de la intersubjetividad ha sido desde siempre un problema de interés para la filosofía, la psicología y los estudios sociales en general. En particular, la filosofía de la mente ha elaborado tres estrategias o planteos con los cuales intenta dilucidar qué tipo de procesos intervienen en la comprensión del otro en cuanto *mente*, a saber las perspectivas de primera persona (teoría de la simulación), de segunda y de tercera (también conocida como la teoría de la teoría), cuyas denominaciones (respectivamente, en adelante, P1P, P2P y P3P) corresponden a la terna de las personas gramaticales y a la forma de orientar, por su intermedio, el acceso a la realidad del semejante. De las tres, la P2P destaca por no pensar exclusivamente al otro desde el mirador de sujetos adultos con pleno dominio de sus facultades cognitivas, sujetos que han de pensarse al término de un desarrollo psicológico dentro de la tipicidad, sino por contemplar las relaciones intersubjetivas más tempranas (haciendo la aclaración de que la idea de subjetividad involucrada no es aquí la del sujeto filosófico tradicional). En esta línea, la P2P tiene la aspiración de ser ontogenética y lógicamente previa respecto de sus competidoras. En efecto, los primeros autores en defender la P2P sostenían que la atribución mental era “un conjunto de capacidades que se poseen, se desarrollan y aprenden con el *concurso* de las tres perspectivas” (Scotto 2002, p. 150, *itálicas agregadas*), pero con la idea de que la segunda persona es la primera forma de intersubjetividad y que las otras dos serían derivaciones. La defensa de una prioridad ontogenética de la P2P va de la mano de entender que los lazos primarios del sujeto con su prójimo son preverbales y prerreflexivos (Gomila y Pérez 2022), establecidos sobre situaciones cara a cara que caracterizan las vivencias del bebé junto con sus figuras de crianza (situaciones cuerpo a cuerpo, por mejor decir, ya que el bebé, en su inmadurez de tipo neurofisiológico, debe invariablemente ser cargado por los otros y de esta manera ocurre que el contacto corporal es permanente). Al pretenderse iluminar fenómenos interactivos tan tempranos es casi obligado suponer que la primera comprensión entre las partes obedece al reconocimiento de estados mentales compartidos (Reddy 2008; Español, 2010; Rochat 2001), lo cual ha de suceder sin mediaciones, de forma directa (percepción directa de mociones).

Para la P2P los vínculos humanos no son el producto de una agregación de individualidades, sino que tienen la prioridad genética y explicativa sobre el yo y el otro como suje-

tos discriminados (Gomila, 2001, 2002; Scotto, 2002; Gallagher, 2001, 2008)¹. En esto se opone a las teorías de atribución mental introspectivo-proyectivas e inferencialistas, dado que parte de un concepto de otro que no implica experiencias pasadas desde donde ponerse en la posición del otro ni un nivel representacional con el que hacer teoría (dejemos constancia de que cabe levantar ciertas reservas en cuanto a la idoneidad de hablar de ‘atribuciones’ propiamente dichas -Pérez y Español, 2014; Rodríguez, 2022-). Según la P2P, estas habilidades de tipo social que no dependen de actos de simulación o símbolos mentales se encuentran fundadas en la conexión emocional de las interacciones. En esta exégesis de los fenómenos interhumanos primordiales la palabra y el razonamiento proposicional pueden faltar o cumplir roles secundarios. La conexión transita en ida y vuelta la emoción reconocible a partir de las manifestaciones comportamentales del otro sujeto.

Si tanto la P1P como la P3P dependen, en cierta medida, de que el otro sea un no-yo nítidamente separado, un flujo de emociones y de pensamientos diferentes de los propios, entonces es razonable conceder la prioridad a una versión del otro cognitivamente menos exigente. La competencia para *comprender* el estado mental del otro, en un sentido antepredicativo, ubica a la estrategia P2P antes de la P1P y la P3P, pero esta precedencia por sí misma no consigue iluminar el modo en que desde una conexión de tipo emocional puede desarrollarse luego un vínculo interpretativo o indirecto (distinto a la percepción directa de estados emocionales). Precisamente en relación con estas pretensiones de anterioridad se ha señalado que la P2P debe ofrecer alguna claridad sobre los modos en los que se integra con las otras dos opciones. Si la P2P es la forma más temprana de intersubjetividad, un primitivo lógico y ontogenético del que después resultarían las dos restantes perspectivas, sería necesario articular los tres distintos tipos de estrategias. Una segunda crítica ha indicado que la P2P destaca el vínculo adulto-bebé como prerreflexivo y prelingüístico, pero sin destacar que el vínculo es semiótico (Vietri, Alessandrini y Piro 2019; 2022). En el presente ensayo se argumentará que las dos objeciones pueden responderse por recurso a un único expediente. Sucintamente, se trata de que si, por fuera de toda discusión, los primeros intercambios adulto-bebé están sostenidos de las emociones expresadas a través del cuerpo (la expresión facial y el movimiento corporal son la primera variedad de enlaces con el otro), acaso no sea apropiado sostener que las habilidades motriz-afectivas incipientes del bebé, madurativamente limitadas, correspondan a procesos realmente semióticos desde el punto de vista ontogenético. Si es indudable que el adulto se vale de verbalizaciones y otros signos para dirigirse a los bebés, y estos están rodeados desde el nacimiento por un entorno de signos permanente, parece no obstante

¹ Se usa de una manera equivalente ‘sujeto’, ‘persona’ e ‘individuo’, eligiéndose uno u otro término por sus particulares resonancias: ‘individuo’ es sin lugar a dudas la etiquetación más neutra; por ‘sujeto’ se debe entender ente mental corporeizado (mejor dicho: *corporal* -porque del participio queda la impresión de que la mente recibe su cuerpo en un segundo tiempo-); la designación ‘persona’ marca la separación y autonomía respecto de conespecíficos. Es apropiado también señalar que cuando se habla de la relación diádica adulto-bebé se habla de una ‘intersubjetividad’ más por cuidar las convenciones, particularmente las de la psicología de la infancia temprana, que por asumir en el bebé una subjetividad constituida.

poco conveniente que haya en esta instancia verdaderos signos *-semióticamente* interpretables-sino desde un mirador adulto (por lo menos si se considera a la semiosis, de acuerdo con la definición canónica, un mecanismo cognitivo que lleva de los objetos al sentido). De esta manera, el segundo reparo hacia la P2P nos pone ante esta disyuntiva: o hay al comienzo de la vida percepción directa de emociones, como postula la P2P, o hay a esta altura ya, por el contrario, comprensión de signos. Sobre la base de negar esta segunda posibilidad, puede trazarse dentro de la P2P un esbozo de la evolución entre los intercambios corporales de la más temprana intimidad diádica hasta la emergencia de la mediación semiótica. La asemantividad de la expresión facial sería la forma inaugural de una empatía (*proto-empatía* en la jerga husserliana) que en *tiempo real*, tiempo in-mediato, revela del semejante su estado mental. Ello permite postular, por una semiotización *a posteriori*, el tránsito de una intersubjetividad sin significación a los contactos en los que interviene una interpretación semiótica genuina.

En un principio, nada impide que la conexión afectivo-motriz de la díada adulto-bebé sea prelingüística y pueda no obstante ser semiótica, hallarse atravesada por otro tipo de signos que los del lenguaje, pero afirmar que la detección de los estados emocionales del otro y su reconocimiento es semiótica supone una discusión distinta, porque donde haya signos no puede ya hablarse de una percepción directa (en este caso, de emociones). Si la estimulación que recibe el bebé al reconocer una emoción es *sígnica*, y por ende semiótica, se hace forzoso descartar la opción de una primera percepción directa de emociones; si, por el contrario, hay percepción directa, lo que argumentaremos con apego a la noción *princeps* de signo, entonces en las interacciones diádicas tempranas no hay semiosis *sensu stricto*².

El presente texto se propone, en primer término, desestimar que haya en la infancia más temprana un contacto intersubjetivo de tipo semiótico, y mediado, con las emociones y con la expresión facial del semejante. De la mano con ello, un segundo objetivo consiste en mostrar cómo, si la expresión facial es al comienzo de la vida un tipo de contacto no mediado, y por ello asemitico, con el correr de la experiencia y de los intercambios sucede que el reconocimiento en otro de un determinado estado emocional se hace mediado, y por lo tanto *sígnico*. La percepción directa de emociones al comienzo de la vida no quita que exista ulteriormente un proceso de *semiotización* ontogenética de la emoción, un captar indirecto de emociones (inevitablemente destinado a convivir, como segunda alternativa, con aquel primer recurso empático in-mediato). De esta manera, en réplica a la primera objeción hecha a la P2P, la semiotización del reconocimiento de estados emocionales sería un hilo conductor que allanaría el pasaje de la P2P a las otras variedades de la comprensión del otro, en especial la P3P.

² La noción *princeps* de signo supone que hay signo y significación cuando cierta entidad remite más allá de sí, obligando a una sustitución de aquello percibido por su valor subrogante (*citar de san Agustín*). La noción de señal, que algunos semiólogos incluyen en el universo semiótico (Sebeok, 1994), supone la subrogación sin interpretación semántica: la señal promueve una reacción, pero sin división codificada entre la agencia de significar y un efecto-significado (en su lugar, sólo se da un efecto).

El trabajo se organiza del modo siguiente. Primero se ofrece una caracterización sumaria de la P2P. Segundo, en la medida en que la P2P aspira a una prioridad ontogenética y lógico-explicativa sobre sus competidoras, se efectúa un relevamiento (igualmente sumario) de fenómenos de interacción temprana entre bebé y adulto, destacando la expresión facial, para poner de manifiesto que sólo desde este punto de partida se puede aportar un esclarecimiento de ellos. Tercero, se apoya la tesis de que hay percepción directa de emoción en la expresión facial con el recurso a autoridades que entendieron de esta forma la naturaleza elemental del vínculo interpersonal (Scheler, Wittgenstein) y defendiendo que no hay semiótica en juego. Por último, en línea con este punto, se argumenta que la semiótica de la expresión facial puede concebirse como un tránsito hacia nuevas posibilidades, más sofisticadas, de la atribución mental (o permitir la atribución mental *stricto sensu*). Cuando el *perceptum* deviene significado se produce el paso al reconocimiento de estados emocionales no co-vivenciales, por ende distantes. La segregación de P1P y de P3P desde una originaria P2P tiene asidero si la percepción del semejante y de su tono emocional preserva -en contactos normales cara a cara- la particularidad de ser directa y no semiótica, y si la semiótica se entiende como desarrollo de esta percepción.

2. Los enfoques interaccionistas y la P2P

Por oposición a los enfoques donde la vida social se explica como un agregado de sujetos-mónadas necesitados de salir de sí para entenderse unos con otros (por ende, carentes de un acceso abierto a lo que siente o piensa el semejante), la P2P asume que existe en las primicias de la vida anímica un conocimiento práctico-intercorporal del semejante. La P1P y la P3P, por el contrario, coinciden en una concepción del semejante como sujeto *interior*, por decir de algún modo oculto 'por debajo de la piel'. Para estas estrategias teóricas la relación diádica estaría obstaculizada por la fisicalidad, que hace del otro algo fantasmagórico y del cuerpo una entidad opaca, veladora de los pensamientos y los sentimientos. Sucede sin embargo que el problema de la materialidad del cuerpo puede convertirse, paradójicamente, en solución. Cuando la mente no es la contrafaz de una sustancia extensa ni la cognición es meramente una serialidad de representaciones, entonces el cuerpo, o el contacto entre los cuerpos, se adelanta con todos los créditos para ofrecer una versión de la intersubjetividad llana y acorde con los hechos psicológicos más primitivos³.

Las teorías del cuerpo actuales, que la idea de *embodiment* ha promovido reaccionando contra la metáfora de la computadora, rescataron la visión de que no hay mente sino desde nuestra materialidad *formal*, esto es: desde la *forma* de nuestra corporeidad, sentida como cuerpo *propio*, y desde el movimiento con el que este *hardware* 'instruye' a la mente-*soft-*

³ La realidad de los contactos y la comprensión de la conducta entre especímenes de una especie animal no humana, ya sean de la misma especie, ya sean de dos diferentes, proporcionaría también materia para argumentar contra las tentativas de inferencialismo (aunque no para todos ni de modo decisivo). Por motivos de espacio nos concentraremos en el caso humano de forma excluyente.

ware para procesar *inputs* de cierto modo (Gallagher, 2005 -aunque el concepto había sido desarrollado por Merleau-Ponty, 1945 y antes por Husserl, 1952). La interacción entre el cuerpo y el mundo enseña *cómo* el mundo está *allí* para un cuerpo *como* el nuestro, y que este cuerpo se mueve y desplaza en un espacio que es *su* espacio (que el sujeto-cuerpo construye como *su* espacio para ser él mismo un cuerpo de *ese* espacio y un ser-en-el mundo hecho de espacio-tiempo por arte del movimiento).

El movimiento forma el cuerpo en el espacio-tiempo. El cuerpo es mente y ambos son/forjan el mundo circundante. Pero aquí surgen diferencias entre distintas versiones del *embodiment*. Porque el complejo mente-cuerpo-mundo (sobre el cual resuenan asimismo las tendencias de la *extended mind* y del *embeddedness*) podría ser simplemente una renovación del sujeto-individuo como punto de partida de todo conocimiento. Ello conservaría la relación social dentro del margen epistémico de un yo que, mediante su cuerpo, conoce el espacio-tiempo hecho de cuerpos sin tener del otro una experiencia diferente a la de cualesquiera objetos. Cuando se parte en cambio desde la intersubjetividad, el otro no es un punto de llegada, una porción del mundo igualmente objetiva o mundanal, y su ser-cuerpo está ligado al cuerpo propio para generar, del seno de la interacción, el mundo como *efecto*.

Dentro de los distintos ejercicios por recuperar el cuerpo y la intersubjetividad, Pérez y Gomila (2022) han cuidado evitar la confusión entre la P2P y otros distintos planteamientos de más amplitud, que abrazan la conducta de tipo cooperativo (*joint actions*), mecanismos cerebrales o subpersonales (*posibilitantes* de la interacción aquí considerada), procesos de identificación en la acepción psicoanalítica o conductas de tenor interindividual establecidas biológicamente para permitir acciones y reacciones tanto solidarias como de rivalidad. Según estos autores, no cualquier interacción social reviste las características de una genuina P2P. Esta concierne a los comportamientos cara a cara entre dos individuos mediante expresiones, actitudes y/o expectativas, y el apoyo en otros movimientos corporales, de los cuales resulta posible a cada quien anticipar, modificar y reajustar las participaciones en la interacción con otro. El hecho de que ambos individuos estén uno frente a otro es decisivo, dado que en el rostro están las claves que orientan a cada paso el intercambio⁴.

Las interacciones infantiles P2P suceden sobre un eje temporal-dinámico en que los participantes adulto y bebé van sucesivamente acomodando sus reacciones y comportamientos. La memoria de los intercambios condiciona la eventualidad de efectuar anticipaciones y prevé, por la misma razón, que alguna novedad sobre el patrón acostumbrado (conducta denominada *contingente*) pueda introducirse sin riesgo de obliterar la interacción. El interés mayor está en la cuota de placer que esta vivencia compartida logra suscitar. Tal es la explicación de estos fenómenos, que han sido registrados a muy tierna edad, cuando la cognición del niño es hartamente limitada y su universo aún pasa enteramente por el otro (por ej., Bråten, 1998; para investigaciones más actuales y específicas, Fantasia *et al.*, 2014; Español *et al.*,

⁴ 'A cada paso' tiene aquí el particular sentido de que el reconocimiento del estado anímico del otro está siempre sujeto a una dinámica situacional que aporta pistas decisivas (Sánchez Barbieri, 2019).

2018; Carretero *et al.*, 2022). Este placer es lo que justifica, de otra parte, que esta clase de vinculación nunca desaparezca y siga siendo cultivada en sujetos adultos (Gallagher, 2001; Scotto, 2020). En tales interacciones deberá localizarse no sólo el origen de la relación yo-tú madura, sino el germen del nosotros como identidad plural, que abarca un tipo diferente de acciones comunes (Rodríguez, 2022).

3. Infancia temprana

Dada la presunción de antecedencia ontogenética de P2P, se hace obligado concentrarse en la infancia temprana y las vivencias no representacionales del bebé. La psicología del desarrollo ha distinguido diferentes tipos de vinculación entre adulto y bebé (Carretero *et al.*, 2022; Pérez y Español, 2014). Entre las experiencias compartidas iniciales, la imitación neonatal, donde el bebé reacciona a muecas en el rostro de su *partenaire* adulto (tan temprana y mecánicamente que ha podido postularse esta conducta como un capital innato), carece de relevancia para discutir las formas iniciales del enlace emocional. En cuanto a un nexo ecocinético, estas imitaciones neonatales son un mecanismo no aprendido para responder a los estímulos de un rostro humano y replicar el *input* de modalidad visual (Meltzoff, 2005). Meltzoff y Moore (1977) registraron en recién nacidos de entre 12 y 21 días imitaciones del rostro del semejante. Años más tarde, la edad se acortó a un promedio de 32 horas, con un caso excepcional en un bebé con 42 minutos de nacido (Meltzoff y Moore, 1983; 1989), pero la conexión imitativa empero no comprende necesariamente el factor afectivo.

Si estas imitaciones neonatales no son afectivas en sí mismas, otras interacciones que también giran en torno al rostro y a los movimientos corporales, pero que dependen de resortes comportamentales de otra clase, parecen más netamente encaminadas a erigir entre las partes lazos de empatía. Las habilidades perceptivas del recién nacido están organizadas de forma multimodal, lo que supone que la integración de estímulos de distintos canales receptivos (pero no pasivos) no tiene lugar *a posteriori*, como un logro de la manipulación de objetos y del movimiento en el espacio, sino que precede y facilita ambas destrezas (Martínez, 2010; Walker-Andrews, 1997). Daniel Stern (2010) radicó la reciprocidad dinámica adulto-bebé en 'formas de la vitalidad', modulaciones físico-emotivas ordenadas de acuerdo con las variables movimiento, tiempo, espacio, fuerza y dirección. Con estas *formas* quedó en evidencia que la afectividad del más temprano desarrollo ontogenético no puede reducirse a la tipología de la emotividad discreta innata (desagrado, tristeza, alegría, temor, sorpresa, enojo), sino que por el contrario implica una energía o vivacidad diversa colocada en los dos cuerpos de los agentes participantes en la interacción. Esta vivacidad recorre todo el arco de tensiones que los cuerpos pueden experimentar. Estos enlaces interconductuales transparentan el estado emocional del interlocutor en un momento en que sería de todo punto irrazonable adjudicar al niño una aptitud inferencial-representacional como la requerida por la P3P, o un grado de conocimiento de sí-mismo como el necesario para realizar simulaciones mentalistas.

La multimodalidad perceptiva y las formas de la vitalidad se conjugan para resolver el salto de nivel entre capacidades cognitivas del adulto y del bebé. Lo hacen por medio de estructuras que combinan finamente la motricidad y la afectividad, un idioma común o *lingua franca* que salva la señalada asimetría madurativo-cognitiva y consiste en diversos elementos comportamentales suficientemente simples como para que el pequeño *partenaire* consiga, en un muy breve tiempo, involucrarse de manera activa. Esta cinética de la vitalidad mostró que los bebés son receptivos de conductas que explotan aspectos musicales básicos (patrones rítmicos, melódicos, modulación tímbrica), los cuales se les brindan en series repetitivas y a la vez variadas (Bordoni y Español, 2018). Malloch y Trevarthen (2009) hablan de una musicalidad comunicativa elemental por la que el bebé y el adulto logran conectarse a través de sonidos y de movimientos en los que van delineándose motivos lúdicos del compartir. La musicalidad comunicativa es la capacidad de articular recursos conductuales expresivos en tiempo y espacio conforme con tres características fundamentales: el pulso, regulador del *tempo*; la calidad: *quale* de la expresión, figura trazada por el movimiento, tono y espectro de los componentes del sonido; y la narrativa, rasgo de secuenciación que da sentido al todo dentro de la temporalidad⁵.

Dentro del repertorio de estas estructuras promotoras del contacto bebé-adulto se han documentado (1) las performances improvisadas dirigidas al bebé, motivos de sonido y movimiento que el adulto toma del ambiente o de la actividad de aquél para, como *pretextos*, captar su atención y convocarlo a un intercambio (Español *et al.*, 2022); (2) protoconversaciones, formatos de diálogo en los que uno y otro guardan turnos para hacer su participación de vocalizaciones, muecas de la cara o actuaciones que involucran la totalidad del cuerpo (Bateson, 1979); (3) acciones-canción, complejos de letra (*lyrics*), movimiento y música que han sido preservados intergeneracionalmente dentro de una cultura (Eckerdal y Merker, 2009). Estas interacciones han sido agrupadas y denominadas organizaciones emergentes de la musicalidad comunicativa temprana (Carretero *et al.*, 2022). Junto con estas organizaciones es preciso hacer mención de dos habilidades que las atraviesan: la imitación por parte del adulto (no el comportamiento imitativo del neonato) y el entonamiento afectivo (también del adulto). La primera reproduce una *forma exterior* de la conducta del bebé, copiando con fidelidad lo percibido y respetando la misma variante de expresión; la segunda, en cambio, es una recreación: el adulto recoge la *forma interior* de una conducta del bebé, como la intensidad, el *tempo*, la secuencia narrativa, y la traslada a una modalidad diversa respecto de la expresión original (por ejemplo, reproduce en movimientos rítmicos una silabación que realizó antes el bebé, cuidando que una y otra manifestación coincidan en la cantidad de partes o unidades, o en la

⁵ En relación con el nombre de ‘musicalidad comunicativa’ conviene destacar que el calificativo rompe con una acepción de comunicación muy extendida en la psicología del desarrollo, para la cual no corresponde hablar de comunicación hasta tanto no exista significación (la que no debe confundirse con sentido), y que plantear la temporalidad de estas vivencias preverbales en términos de ‘narrativa’ -una categoría del ámbito lingüístico- despierta legítimos recelos, debido a que el objetivo es explorar un territorio que se beneficiaría dejando al margen cualquier alusión al habla o al lenguaje.

fuerza impresa al contenido material). La imitación refleja lo que muestra el cuerpo del bebé en la superficie, mientras que el entonamiento penetra hasta la vitalidad corporalmente modulada y exteriorizada y la devuelve *trans*-formada, preservando de modo reconocible el elemento emocional-vital del caso, las formas de la vitalidad (Stern, 2010; Español *et al.*, 2018).

Entre estas manifestaciones está la expresión facial, la cual por una parte se acompaña muchas veces de concomitantes movimientos corporales (que expresan el mismo estado subjetivo) y de otra parte está en sí misma cargada de intensidad (o laxitud), es desplegada abiertamente o está apenas insinuada, se extiende en el tiempo por un lapso prolongado o breve y sirve a revelar una emoción o estado anímico. Al dejar el reposo, la motilidad del cuerpo y las conformaciones de la cara son canales para la empatía fundamental. En ese flujo se generan condiciones para establecer en el bebé un protoconcepto de la dualidad *yo-tú* y también de la unidad integrativa del *nosotros* (la primera, mediante ejercicios como la protoconversación, que implica al otro *enfrente* como un otro, marcando en el tiempo y el espacio su naturaleza de no-yo; la segunda, mediante fenómenos que tienden, al contrario, a cierta indistinción corporal-afectiva: en la mutua contemplación, en la sonrisa y la mirada que se da en la intimidad madre-bebé, ambos agentes están alienados el uno en el otro y olvidados de su ser individual [F.G. Rodríguez 2022]).

Alessandrini (2017) y Vietri, Alessandrini y Piro (2019; 2022) proponen que la percepción directa de emociones que caracteriza a estos estados en la infancia (según P2P) no es en rigor directa, sino semiótica, lo que es decir mediada, “porque involucra instancias de interpretación que conforman progresivamente un potencial de significados que se apoya en el potencial de acción del niño” (Vietri *et al.*, 2019). Debe no obstante esclarecerse en qué sentido corresponde hablar de un proceso semiótico en el vínculo kinético y emocional del cara a cara, incluso invocando el claro potencial de significaciones que es la acción, y examinar si acaso no conviene, para toda semiosis *en sentido estricto*, aguardar a que la actualización del dicho potencial. Toca por ende sopesar si aquellas manifestaciones comportamentales por las cuales se produce la mutualidad de la infancia temprana se captan *eo ipso*, sin ninguna mediación, por percepción directa (una opción sugerida desde las imitaciones neonatales) o si hay en cambio allí una mediación, dicho en concreto por la mediación semiótica. La tematización-problematización de qué o cómo el bebé procesa su noción del otro es decisiva para la estructura de la P2P.

Antes de analizar este aspecto crucial, hay que dejar sentado un par de prevenciones. Primero: en el ambiente de habla inglesa se emplea *meaning* legítimamente en un doble sentido que no cabe trasplantar a los usos del castellano, pero que en las traducciones a veces precipitadas se contagia a nuestro idioma. La etimología de ‘*mean*’ y ‘*meaning*’ revela por qué la idea de signo está en inglés tan inmediatamente vinculada a lo mental. ‘*Mean*’ era -en su acepción original- *intend, have in mind or plan* (Old English *mēnan*) y abarcaba en general la actividad del pensamiento. Este sustrato ideacional de *meaning* es el contenido de las expresiones efectivas, de lo comunicado, y así se entreteje en lo semiótico sin más. Pero ese *meaning*-contenido de tipo mental contiene un campo más extenso que el de lo expresado,

puesto que sin duda podría mantenerse inexpressado, no investirse con un signo material (continuar siendo *meaning* pero *unsignified*). En castellano y diversos idiomas emparentados la separación mental-semiótica se halla favorecida por los términos distintos con los cuales se habla de *pensar*, *tener en mente* o de *significar*, *poner en signos*, dos procesos de la cognición ligados pero también distinguibles. En alemán, ‘*meinen*’ y ‘*Meinung*’ (como verbo y sustantivo respectivamente) han preservado la idea de ‘pensable’ aparte de aquello *expresado* de forma efectiva, ‘*Sinn*’ o ‘*Bedeutung*’ (la distinción es capitalizada consabidamente en Hegel -*Fenomenología del espíritu*, cap. 1-). Sólo a aquel *meaning* realmente expresado (*signified*) conviene en justicia aquel vocablo que, en la traducción, remite a aquello *mediado* por signos. En cualquier caso, este doble significado de ‘significado’ (*meaning*) en inglés ha posibilitado, de manera confundente, una asimilación entre lo cognitivo y lo semiótico que tiende a homologar dos territorios con reglas operativas y elementos propios⁶. Cuando aquí hablemos de significado y de semiosis, deberá entenderse que no se trata del *meaning* (componente cognitivo) sino del acto efectivo de ponerlo en signos, y que por tanto la semiosis se opone a la percepción directa de emoción.

La segunda aclaración es necesaria porque hemos de discutir el estatuto de las manifestaciones afectivas adulto-bebé. Suele diferenciarse entre el estado de ánimo (*Stimmung*, *mood*) y la emoción, *aqué*l disposición del tono emocional esencialmente duradero, ésta ocurrencia súbita y de curso relativamente breve, consecuencia de un estímulo exterior o una vivencia subjetiva con función causal. En este texto las dos variedades de afectividad son aludidas indistintamente bajo el nombre de estados emocionales o afectivos y discriminados como, respectivamente, estados anímicos y emociones discretas.

4. Percepción directa o proceso semiótico

No son pocos los especialistas para los que el reconocimiento de emociones cara a cara es un fenómeno directo, sustentado en una facultad innata o de temprano desarrollo, independiente de la representación, de la inferencia o el significado, y consistente en una mutua coaptación corpórea. Según respondan a la tradición continental o a la analítica, los precedentes y el catálogo de autoridades cambian. En los autores fenomenológicos, la referencia a la centralidad del cuerpo pasa inevitablemente por Merleau-Ponty, quien por ejemplo ha sostenido:

⁶ Aun cuando es habitual poner de un mismo lado los procesos significativos y los cognitivos (tradicción que une los nombres de Ockham y Peirce, lejanos en el tiempo), no es éste el marco teórico adoptado por este trabajo. Sin el lugar para desarrollar aquí los argumentos pertinentes, nos limitamos a indicar que los procesos de inferencia y de enlace de representaciones no cumplen indefectiblemente con todos los rasgos del hecho semiótico (Rodríguez, 2020) y que, por ende, es de provecho mantener en planos separados pensamiento y significación, la percepción y el proceso mediacional.

La psychologie moderne a bien montré que le spectateur ne cherche pas en lui-même et dans son expérience intime le sens des gestes dont il est le témoin. Soit un geste de colère ou de menace, je n'ai pas besoin pour le comprendre de me rappeler les sentiments que j'ai éprouvés lorsque j'exécutais pour mon compte les mêmes gestes. Je connais très mal, de l'intérieur, la mimique de la colère, il manquerait donc, à l'association par ressemblance ou au raisonnement par analogie, un élément décisif -et d'ailleurs, je ne perçois pas la colère ou la menace comme un fait psychique caché derrière le geste, je lis la colère dans le geste, le geste ne me fait pas penser à la colère, il est la colère elle-même. (1946, p. 215)

Los filósofos analíticos afectos a la percepción directa de emociones suelen conjurar pasajes clásicos de Wittgenstein, por ejemplo, estos en los que afirma que “La emoción se *ve* (...) No se ven las contorsiones faciales y luego se *hacen conjeturas*” (Wittgenstein, 1970/1979, §225), que “el temor vive en los rasgos del rostro” (Wittgenstein, 1953/1088, §536). Estas valoraciones podrían en principio parecer contradictorias con la apreciación de *Zettel* §506 (Wittgenstein, 1970/1979), donde el filósofo vienés sostiene que los gestos expresivos constituyen “símbolos primarios (*primäre... Symbole*)”, pero al hablar allí de símbolos (y otras veces de ‘gestos’) no es técnicamente riguroso y todo sugiere que, en ese juego de lenguaje, ‘símbolo’ no corresponde sino a manifestación de estado emocional del otro. Por ello dice que “Suele describirse *directamente* a un rostro como triste, radiante, aburrido” (*Zettel* §225, subrayado añadido).

La condición directa de la percepción emocional y la empatía como fenómeno esencial de humanidad son un pilar también de la filosofía de Scheler, un autor relativamente soslayado en el debate. Esto podría deberse a que, en oposición a las teorías empírico-genéticas de las primeras décadas del siglo XX, Scheler haya apostado por un preconocimiento metafísico de los valores en el hombre. Ello no es necesariamente incómodo para la P2P, porque Scheler se muestra partidario de que los fenómenos empáticos ocurren previamente al encuentro con los valores y por ende no hay valores en los primeros contactos afectivos (motivo de que reniegue de las éticas de la empatía, como la propuesta por Rousseau). En su visión, los fenómenos empáticos (a distinguir clara y distintamente del contagio emocional, que no implica la discriminación yo-tú) no se reducen a razonamientos analogizantes o a ejercicios proyectivo-imitativos de la primera persona (términos notoriamente actuales en los que la controversia discurría ya por entonces), sino que remiten a un lazo inmediato con el otro en su espesor humano más auténtico y más llano. Scheler discrepa de la versión husserliana de que, en cuanto *yo*, sólo me es dado el otro en primer término físicamente (una vez practicada la segunda reducción), otro como mero *Körper*, como una materia que *incluría* estados emocionales. “Las dificultades de este problema han sido causadas en su mayor parte simplemente por haber admitido que a cada cual le es ‘dado’ ante todo tan sólo el yo propio y sus vivencias” (Scheler, 1923/1957, p. 312) y que el otro se revela al yo como una representación mental. Para Scheler, la empatía constituye no sólo un profenómeno, sino que es como tal la forma

prioritaria de todo saber (“*nuestra convicción de la existencia del yo ajeno es más profunda que nuestra convicción de la existencia de la naturaleza y anterior a esta*” -*ibid.*, 337, destacado en el original-).

La expresión facial es para Scheler nexo con el otro como alteridad emocional. “Creemos tener directamente en la risa la alegría, en el llanto la pena y el dolor del prójimo, en su rubor su vergüenza, en sus manos suplicantes su suplicar, en la tierna mirada de sus ojos su amor, en su rechinar los dientes su furia...” (Scheler, 1923/1957, p. 337). Y todavía: “lo que percibimos en los seres humanos extraños con quienes vivimos no son ‘ante todo’ ni ‘cuerpos ajenos’ (mientras no nos encontremos metidos precisamente en un estudio médico), ni ‘yoes’ ni ‘almas’ ajenas, sino que son totalidades unitarias que intuimos sin que el contenido de estas intuiciones esté ante todo dividido en las direcciones de la ‘percepción externa’ e ‘interna’” (Scheler, 1923/1957, p. 339). Conforme con esto, expresión y emoción son *complexiones esenciales* que se integran la una a la otra en ‘estructuras de totalidad’ (*Ganzheitstrukturen*, Scheler, 1923, p. 306). Aunque se habla de comprensión simbólica, sucede nuevamente -como en Wittgenstein- que se recurre al símbolo por desmarcar estos fenómenos de los fenómenos causales que tienen lugar en la naturaleza. Con máximo rigor, habiendo en juego percepción directa, esta se excluye con la simbolización. Si hay empatía, no hay interpretación semiótica sino un proceso perceptivo en regla: detección, discriminación y reconocimiento de señales (faciales) multimodales.

Si efectivamente el rostro de otro permite ese nexo franco en los adultos, que disponen de variadas herramientas intersubjetivas, ¿cómo podría exagerarse la importancia del médium facial en el bebé, sin habla y con un limitado control corporal? Ello sin confundir la realidad empática con los hechos imitativos ante destacados, también in-mediatos pero generados por automatismo y estructuralmente independientes de toda emoción (más bien, condición necesaria de los sentimientos compartidos). Porque si la empatía implica sentir con otro, a partir de reconocer una expresión y en la expresión el estado asociado de emoción (y que ese mismo estado emocional se despierte en el individuo como réplica multimodal de la visión, el tacto o la audición), el ejercicio imitativo neonatal se agota en la mecánica de la reproducción del rostro del adulto. La biología habría concedido a nuestra especie competencia para convertir el *input* perceptual-visual a ejecuciones en espejo: el movimiento orofacial reproductivo funciona como un canal interindividual. Pero el mero canal permitirá el pasaje o inficionamiento de estados emocionales. Cuando el bebé observa en el otro el movimiento de la boca, las inervaciones musculares asociadas a ese cuadro perceptual conducen a la apropiación de las formas de la vitalidad del caso, a la experiencia de co-vivenciar el mismo estado emocional. A la visión de una expresión facial sigue la acción imitativa y lo que esta reacción puede llegar a suscitar; más tarde bastará con la visión de la expresión facial para activar el mismo sentimiento con la paralela inhibición de la reacción mecánica en el rostro. De esta manera, entre el impulso imitativo, que puede ser neutro, se llega hasta la emoción conjunta de la P2P sin precisar de una interpretación semiótica. Aunque siguiendo a Scheler este planteamiento no nos lleva todavía hasta la empatía, sino tan sólo hasta el contagio emocional (hasta un primer

nosotros, diremos por nuestra parte, pero no a un *yo-tú*, que implica proto-discriminación, porque en este filósofo empatía implica sentir lo mismo que otro sin dejar de percibir que la emoción sentida nace en *otro* y nos *llega* del otro), el derrotero sugerido exhibe que hay en los recién nacidos puentes alistados para empatizar y establecer con el adulto los más fuertes lazos de emoción: puentes establecidos sobre un nexo de experiencias compartidas físico-afectivas, anclados en la corporeidad de las tempranas relaciones cara a cara, cuerpo a cuerpo, entre la voz y la audición, sobre las que más tarde se edifican relaciones más distantes y mediadas por objetos, signos, símbolos. Una emoción puede ser *meaning* sin ser un significado, dado que el significado requiere un significante. Incluso tomando 'meaning' como representación mental, esta no se transforma en un significado, porque al remitir a alguna cosa más allá de sí (lo que es re-presentado) tendría así un papel activo de *significante* y no podría ser *a la vez* significado. Todavía más: no sólo corresponde descartar que el contenido anímico sea un hecho de semi-osis por esta razón, sino también porque ser un reflejo del estado emocional del semejante coincide, en cuanto reflejo, con una constitutiva *inmediatez* mimética, a contramano de la mediatez de toda significación.

Entre aquellos autores mencionados (Scheler, Wittgenstein, Merleau-Ponty) se acepta que la percepción de estados afectivos es un proceso sin ninguna *mediación*, que impugna la fractura entre lo físico y lo psíquico, entre un acceso interno, introspectivo, para la emoción, y externo para la expresión. Se ha sugerido concebir la compenetración emoción-expresión como una relación de parte a todo (Stout, 2010; Kalpokas, 2019). Sin disentir, puede objetarse que haya en los bebés, en el inicio, atisbos de algo imperceptible de lo cual lo perceptible pueda funcionar como una *parte*, y que éstos puedan concebir la parte como una señal de la totalidad. Esta formulación en términos de parte-todo, en la medida en que postula una inclusión, rompe con los planteos de tipo *partes extra partes* (cuerpo/mente, afecto/expresividad), pero conlleva la exigencia de que los bebés tengan capacidad de comprender la *relación* de parte a todo. Quizás la relación de parte a todo, que implica el pasaje desde la expresión-estado emocional como *Ganzheitstruktur* a la expresión *de* estado emocional (donde expresión y estado están discriminados), sólo pueda apreciarse como *relación* no en el bebé, sino del lado de los investigadores que entienden de partes y totalidades. En cambio, puede proponerse como explicación de la segregación entre expresión facial y *contenido* emocional que ésta tiene lugar cuando la percepción del rostro de otro no tiene la fuerza para suscitar un afecto concomitante sino, simplemente, el reconocimiento de la clase, tal o cual, de la expresión facial. La percepción se agota, en este caso, en identificar una cara contenta, una cara enojada, etc.

Los bebés se orientan hacia estímulos faciales desde el nacimiento (Valenza *et al.*, 1996). A los dos meses el bebé despliega la sonrisa llamada social, a distinguir de la sonrisa intrauterina. Hacia los cuatro meses aparece una sonrisa selectiva que distingue figuras de apego y puede retacearse a los extraños (Martínez Herrador, 1991). Se asume que la discriminación de emociones discretas en el rostro comienza hacia los 6 meses (Charlesworth y Kreutzer, 1973; Nelson, Morse y Leavitt, 1979; Saarni, Mumme y Campos, 1997). Esta capacidad de identificación de expresiones faciales, integración de predisposiciones neurofisiológicas y de

experiencia acumulada, asociaciones del recuerdo fisiognómico y propioceptivo, ¿puede por sí misma llamarse semiótica? Es atinado regresar a la definición agustiniana, la base de los estudios sobre el signo para todo el pensamiento occidental. El obispo de Hipona considera signo aquello que, fuera de la apariencia o forma con que afecta los sentidos, induce en el pensamiento algo distinto (*Signum est res, praeter speciem suam quam ingerit sensibus, aliud aliquid ex se faciens in cogitationem venire*, De doctrina christiana, II, 1). El humo es cosa, *res*, pero remite al fuego que lo causa y tiene lugar allí una semiotización, correlativa de una *des-entización*: el humo ya no *vale* como tal, humo-fenómeno, sino en virtud de aquella representación mental que sucedáneamente puede sugerir, la combustión generatriz. De un modo comparable, en un cierto momento de la evolución ontogenética el bebé comprende que la mano con el índice extendido es menos una mano, realidad concreta, que un signo gestual de indicación, su realidad semiótica.

La definición del Doctor de la Gracia conoció muchas variantes a lo largo de la historia pero conservó el espíritu de su formulación original. En la edad Media se redujo al consabido *aliquid pro aliquo*, ‘una cosa por otra’ (una expresión surgida para ciertos casos de la *suppositio* -Castañares 2018-). Sin embargo, el ‘estar por’ (*stare pro*) no puede razonablemente conferir naturaleza signica a cualquier sustitución. Un clavo que remueve otro más viejo lo reemplaza pero no lo significa, si comprendemos como signo algo que *por esencia* envía o remite más allá de sí. De ningún modo la vista de un clavo nos permite conocer si había antes otro clavo en ese mismo sitio. La relación semiótica supone una interpretación *codificada* (nunca subjetiva) que reenvía de un ente a otro de manera transdimensional, desde la dimensión de cosa a la de su sentido, ese que adquiere por ser cosa *dentro* de una codificación y más allá del reconocimiento de tipo categorial (curiosamente, se llama semántico no pocas veces al concepto, o a los contenidos categorizados, aunque no exista semiosis propiamente dicha). La diferenciación entre interpretaciones de tipo semiótico y de tipo cognitivo es de primera relevancia. Las cosas se vinculan de manera natural unas con otras, constituyen relaciones físicas de parecido, causa-efecto u orden témporo-espacial (están delante o detrás de otras cosas, cronológica o espacialmente), pero en la medida en que hablemos de meras *cosas* no hemos trascendido el plano de lo real ‘desnudo’ (sin perdernos en debates metafísicos), mientras que en los enlaces por semiosis una *mera* cosa resulta *significada* por una segunda cosa que se desvanece en cuanto cosa o posterga su coseidad en pos de ser agente significativo. Ergo, asumir las relaciones de la realidad empírica o del pensamiento como si ellas mismas fueran *ya* semióticas, *semiotizar* todo el espacio psicológico y de entorno homogeiniza mecanismos cognitivos con más importantes diferencias que similitudes⁷.

Según la psicología de la infancia temprana, los objetos quedan al comienzo afuera de los intercambios adulto-bebé, los que “no incluyen más que las emanaciones de uno a otro y suponen esencialmente estados de simpatía, de ‘sentir con’ el otro; en ellos, los objetos, el

⁷ Aquí se aprecia el diferendo entre nuestra visión de la semiosis y la enorme y admirable arquitectura trazada por Peirce, de cuya base de premisas, sin embargo, guardamos reservas.

mundo externo entero, queda fuera” (Pérez y Español, 2014, p. 374). En las actividades de este tipo la literatura experta suele hablar de *sentidos creados*. A la zaga de la denominación ‘sentido’ se genera una pendiente que lleva hacia la semiótica, con el efecto paradójico de que las relaciones intersubjetivas de la infancia más temprana serían simultáneamente reguladas por la percepción directa y por los mecanismos de sustitución que hacen medularmente a la semiosis. Esos ‘sentidos’ aludidos se revelan por lo tanto como no-semióticos, sentidos fenomenológicos que identifican *qué* es el esto de la percepción (sentidos por los que el bebé sabe reconocer caras *amigas* y, de una manera general, ese tipo de estímulos que se le ofrecen para involucrarse en un hacer de a dos). Ese saber qué hacer o qué esperar del otro, esa anticipación de la rutina lúdica o esa sorpresa que sólo sorprende por tomar distancia del patrón acostumbrado es un sentido sin semántica o sentido presemiótico. Saber qué hacer, qué sigue a qué sonido o movimiento previo no lleva del mundo de las cosas y de los enlaces causa-efecto o las expectativas generadas por el hábito a la esfera de las significaciones, donde los objetos adquieren funciones vicariantes. Sólo se trata de un sentido *fáctico*.

Si perseguimos evaluar cómo aparece la semiosis en la conducta del niño, cuidando de hacer las distinciones pertinentes a sus logros sucesivos (partiendo de sus habilidades para reaccionar a estímulos sociales y llegando hasta la producción de enunciados verbales sin fallos de competencia), la acepción más acotada de significado y comunicación, la que se excluye con la percepción directa de emociones, presta un mayor servicio -sobre la evidencia de que disponemos- permitiendo pormenorizar mejor las diferencias. Una categoría -*semiosis*- que lo abarque todo desde el nacimiento pone el carro delante de los caballos y generaliza, hasta esterilizarla, una particular capacidad que pierde valor específico.

Los defensores de una conducta infantil semiótica *ab origine* suelen argumentar que, por ejemplo,

el cuerpo nunca puede ser percibido directamente, porque su ontología excede la materialidad. El cuerpo es un terreno de significaciones sociales y, por ello, el significado que se construye en él es siempre dependiente de la significación de otro y de una semiótica social de orden superior. Esta crítica constituye una objeción a la totalidad [de la P2P], porque cuestiona un axioma de la P2P: la percepción de estados mentales es directa, básica y no está mediada por significaciones sociales. Por ende, no se trata de una crítica dirigida a perfeccionar la propuesta de la P2P, sino más bien a considerar enfoques alternativos (Alessandroni y [C.] Rodríguez, 2018). (Vietri, Alessandroni y Piro 2019, p. 13)

Pero el cuerpo de los semejantes que el bebé percibe no está todavía tomado por significados que él pueda captar. Las marcas culturales sobre la motricidad de los adultos son algo por cierto bien documentado (por ejemplo, Carretero *et al.*, 2022), pero el bebé puede acceder a los estados afectivos de los otros a partir de su expresión facial por encima de toda constricción social porque -desde un punto de vista darwiniano- esa expresión está ligada biológicamente a un contenido de emoción (desde un momento previo incluso a que ello pueda realmente

tomarse como *contenido* de emoción). En las interacciones infantiles hay correspondencias transmodales de interpretación categorial (categorización), pero no una interpretación de tipo transdimensional, que da entidad a la semiosis como tal. La percepción de la expresión facial es percepción de estado emocional, no percepción de un signo que revela algo distinto de su materialidad, y como no haya signo sin separación entre el significante y el significado, no hay tampoco operación semiótica. Mientras sigan amalgamadas la expresión facial y la emoción no parece apropiado hablar de hechos semióticos, como tampoco es lógico decir que el humo significa el fuego cuando ambos están presentes a la percepción.

5. La significación de la emoción

Las primeras adscripciones mentalistas requieren de un ejercicio de interpretación por el que el niño desoculte algo no dado perceptivamente (ir más allá del contacto directo y trascenderlo *significativamente*, lo que implica hacer semiótico lo que era *simplemente* cosa). Ello supone que si desde el nacimiento hay permanentemente alrededor del niño emisiones verbales, éste debe labrar, captar y también asentar asociaciones sonido-significado, con un insumo de tiempo (experiencia) durante el que las palabras serán al principio algo menos del tipo léxico que funcional. Los signos preverbales, por su lado, son un emergente de una forma básica de interacción no signica: los movimientos y las expresiones que ofician de puentes al estado anímico del semejante. Por lo tanto, el valor signico del mismo componente conductual interactivo debe proceder de alguna modificación en situaciones de intercambio.

Una expresión facial o un movimiento corporal del otro en circunstancias de inducción emocional llevan a *co-sentir* con él lo *mismo* que él, sin interpretación semiótica. Pero esta forma inaugural de conexión con otros, con ser la primera, no contiene toda la intersubjetividad posible. Veamos un caso adulto de la vida cotidiana. A la distancia observo a alguien que llora. La situación permite eliminar el llanto de alegría como interpretación posible. Al ver las lágrimas entiendo que lo aqueja una aflicción. No es *mi* aflicción, no *siento* esa aflicción, pero las lágrimas *sintomáticamente* indican sufrimiento. Este *saber* de su aflicción, que no es sentir, ocurre cuando las habilidades cálidas de la psicología del individuo son amortizadas, digamos: *frezadas*, porque se ha interpuesto una distancia física y emocional con que la intimidad del co-sentir resulta imposibilitada. En algún punto, el bebé aprende a hacer la atribución mental de un contenido emocional: la persona de *allá* que está llorando sufre, esta de acá, de amplia sonrisa, está contenta. El otro ha devenido entonces más que un otro corporal-cercano con el cual emparejar la propia actividad motriz y con quien experimentar un mismo estado emocional. Sus emociones ya no pueden experimentarse por un inficionamiento osmótico en el cara a cara. Al romperse el contacto físico se hace lugar a una distancia que supone, en primer término, cierta emoción ausente en mí, pero en segunda instancia la oportunidad de interpretar lo ausente, la emoción ahora *significada* en la expresión facial.

Aquello que antes, en la más *vital* proximidad (formas de la vitalidad), facilitaba por igual tanto el contagio emocional como las relaciones de empatía (para respetar la distinción de

Scheler), ahora se ofrece mediante una vía de cognición estructuralmente diversa. El otro, si tiene en la cara la expresión que normalmente antes permeaba, por la percepción directa, su estado afectivo, ahora probablemente ha de encontrarse en esa misma situación emocional cuando no puedo, a la distancia, co-sentir con él. La asociación, fundada en la experiencia P2P anterior, se halla al alcance de la mano: la faz visible del contacto a la distancia permite espontáneamente reponer la parte ausente del sentir, y comprender lo que pudiera estar ‘debajo’ del plano expresivo. De esta manera, se pasa de la vivencia al reconocimiento, de co-vivenciar *aquí-entre-dos* a poder identificar *allí* en el otro separado.

Para la significación de la emoción en la expresión facial es requisito la fractura del complejo expresión-emoción (*Ganzheitstruktur* original). El reconocimiento de un estado emocional en otro sin la posibilidad de co-sentirlo es un aspecto de la formación de los conceptos de emoción, pero el concepto como tal de una emoción (que es, por naturaleza, universal y abstracto, un pensamiento neutro *sobre* la emoción y, por lo tanto, independiente de experimentarla) requiere de un desarrollo cognitivo superior a la sencilla habilidad para advertir una emoción en sí o para adscribirla a un semejante. Esto obliga a la distinción entre sentir, significar y tener el concepto de emoción. Cualquier concepto de emoción determinada parece implicar la previa *significación* de la emoción, surgida del distanciamiento o la ruptura de los nexos cara a cara. Hasta ese punto, la emoción reconocida como significación es menos un concepto, que supone un saber complejo, que un *recepto* (en el sentido de Romanes)⁸.

Cuando la interacción directa se disipa y la adherencia natural entre estados emocionales se encuentra obstaculizada, materialmente impedida por la distancia interpuesta, la memoria del bebé debe restituir, desde la sensibilidad (la percepción), el todo anímico ahora *insensibilizado*. La significación de la sonrisa (y de otras expresiones de la cara) corre junto con una desvitalización (en alusión a las formas de la vitalidad). Cuando el cuerpo del otro está a distancia no puedo sentirlo por contacto, sentir lo que él siente, y la expresión facial parece *coagular* en sí toda la emocionalidad que ahora se escapa de mi sensibilidad: en ella se concentra algo que ya no puedo co-experimentar. Esa expresión facial, que por supuesto no ha perdido su vinculación con el estado emocional, se ha hecho representante (por mejor decir: *significante*) de lo que ahora es *insensible* (en términos de percepción directa) y sólo puede comprenderse como algo *significado*. Esta emoción mediada, no experimentada en comunión, se ha convertido

⁸ Romanes ubica entre el percepto y el concepto la idea de *recepto* como una instancia intermedia, presente también en especies no humanas, consistente en una generalidad empírica obtenida desde la experiencia acumulada: “on psychological grounds it is abundantly intelligible how the conceptual stage of ideation may have been gradually evolved from the receptual -the power of forming general, or truly conceptual ideas, from the power of forming particular and generic ideas” (1888, p. 276). Según señalan Pérez y Gomila (2022, p. 91), “a 6 hours-old newborn imitating an adult’s face is not attributing him a mental state. Our view also differs from the idea that infants do not possess concepts unless they can use the appropriate words in the appropriate situations. The first account is too weak, the second one too demanding”. Entre estos dos extremos, la idea de recepto parece morigerar un pasaje de otra manera abrupto entre conductas por respuesta a señales del semejante y un conocimiento logrado por abstracción.

en signo, y la mente del otro se ha reduplicado en un nivel superficial o público y otro nivel opaco, sujeto a decodificación. La semiotización de la conducta es simultánea al hecho de que la expresión tenga *fuera de sí* lo expreso o expresado y con la paralela opacificación de la mente del otro. Esta primera mente, articulada como lo *significado* (éste un desprendimiento de la conducta efectiva que se puede percibir), abre las puertas para que *como significado* se introduzcan luego contenidos de más elevada sofisticación (proposiciones). La atribución mental de contenido proposicional y contenido psicológico pre-proposicional, como serían las emociones, surge con la posibilidad de una intersubjetividad emancipada del contacto cara a cara.

En el recién nacido no hay motivos para suponer significados en sentido estricto. Llamar a sus escasos rudimentos de inteligibilidad procesos significativos olvida que en el origen no están dadas condiciones psicológicas siquiera para una categorización elaborada. Sin la categoría 'sonrisa', dado que la sonrisa y el estado emocional que la acompaña son en el inicio meramente un reconocimiento, ¿cómo podría llegar a establecerse el paso intelectual de la sonrisa vista *no-propiosentida* a la interpretación de la alegría? Es necesario suponer un desarrollo que lleve desde el complejo expresión-emoción, reconocible por parte de los bebés, a una segunda instancia en la cual la sonrisa se comprenda como significación de la alegría (ruptura de la unidad expresión-emoción) y a un tercer tiempo donde esta alegría no es simplemente ya el significado de una sonrisa advertida (en alguien) sino una categoría o concepto mental⁹.

Esa distancia requerida en la infancia temprana para que las expresiones se separen de lo que a partir de entonces será *lo expresado* no es impedimento para que las relaciones de contagio y de empatía prosigan luego, cuando ya exista -fuera de duda- significación y atribución mental. Esas vivencias compartidas de contagio y comprensión empática se incluyen en el repertorio de fenómenos sociales del adulto de dos modos diferentes. Por una parte, los casos de resonancia emocional mediada o indirecta. Un relato de peripecias dolorosas puede remover en los oyentes la misma emoción por la cual atraviesa quien cuenta la historia. O alguien que viera de primera mano un episodio aciago se hallaría invadido por un sentimiento comparable al de las víctimas (con verbalizaciones que todos hemos oído o pronunciado alguna vez: "Pobre de él", "Lo que será sentir que..."). El lazo de intersubjetividad se extiende en estos casos por fuera del círculo de intimidad yo-tú o nosotros. Pero también, por otra parte, sucede que en la adultez perdura el contagio afectivo que tiene lugar en presencia del otro, detonado por los mismos mecanismos infantiles que hemos definido, prerreflexivos y asimismo prelingüísticos. Aun como adulto se puede sentir lo que otro siente si me toca o me mira a los ojos. El aducido quiebre de la situación primaria cara a cara no implica la proscripción de este recurso psicológico intersubjetivo: sólo señala cómo puede el individuo tomar la expresión del rostro como una expresión *semiótica* y, con ello, como algo diverso de las emociones implicadas.

⁹ Esto no implica que todo concepto requiera de un paso previo por la significación. Cfr. Mandler 2012, Mandler & Pagán Cánovas 2014.

Se ha sugerido (Jacob, 2011; Balmaceda, 2017) que la alternativa de la percepción directa de emociones conlleva el peligro de una recaída en posiciones conductistas. Sin embargo, si se tiene en cuenta que el enfoque conductista reduce teóricamente toda la conducta a lo observable (por lo menos en los conductistas radicalizados), no hay riesgo verdadero de que algo como eso pueda acontecer, porque asumir que haya primero percepción directa de estados emocionales no obliga a aceptar que ella resuma *toda* comprensión de la conducta de otros (lo que ningún partidario de la P2P concedería). Junto con ello, el devenir de los primeros signos no pasa obligadamente por el condicionamiento, esto es: por un estímulo agregado para desencadenar las consecuencias del estímulo basal. Lo que acontece al menos en la significación de la emoción es que el estímulo-símbolo de la expresión-estado emocional procede a desdoblarse entre un estímulo y -por separado- un contenido, con efecto de que la señal resulta así *semantizada*, al mismo tiempo que ese contenido es como tal *significado* por el aspecto expresivo (Rodríguez, 2021). Para que los estímulos-símbolos sentidos como una emoción por percepción directa se hagan signo, y para que las emociones sean *significados*, resulta imperioso que la relación de cara a cara se haga excepcional, no permanente, que el bebé observe a sus otros mirando en distintas direcciones o a distintos interlocutores y advierta por asimilación lo que en el cuerpo a cuerpo antes podía co-vivenciar.

Esta no-semiotividad de la expresión facial en el primer tramo de vida del bebé respeta la acepción de signo en su versión tradicional y más abiertamente difundida. Con ello defendemos la postura de una P2P basada en experiencias de registro y sensibilidad directas e in-mediatas en los que se fundan los más primitivos estados de comunión emocional entre adulto y bebé. Si esto es así, la semiotización de la expresión facial depende de las condiciones de 'enfriamiento' o mengua de la calidez e intimidad, co-vivencialidad, de los contactos físico-motrices más tempranos. Este enfriamiento no es sino el producto de que el modo cuerpo-a-cuerpo se fracture y consiguientemente se rompan las complejidades emotivas schelerianas.

6. Conclusión

Por lo que hemos desarrollado, una señal a la cual el bebé consiga responder de manera adecuada como para interactuar, sin perder el hilván de lo que el *partenaire* adulto le propone, no es asunto de semiosis, la que implica más que una aptitud para sintonizar en la afectividad y en la motilidad con otro. En la expresión facial no hay signo *prima facie* sino cuando la entidad total expresión-emoción se escinde y el aspecto perceptible toma sobre sí el relevo de ser toda la emoción, la que ya en este punto no se experimenta. Con la relajación del cara a cara se ofrece la posibilidad de asociaciones en las cuales el evento psico-corporal primario, el complejo integral de expresión-emoción en el rostro del otro, se hiende en los planos del significante y el significado.

La expresión facial y las organizaciones emergentes de la musicalidad temprana, como formatos posibilitantes de la comunión físico-emocional entre adulto y bebé, son articu-

ladores que, sin agotar la consideración de todos los registros y los mecanismos infantiles, permiten plantear desde una concepción del *desarrollo* psicológico cierta transmutación: lo que en principio es percepción e interacción directa se vuelve distante e indirecta, deja de sentirse y se debe *pensar*, pasa del hábito y la inmediatez a convertirse en código y decodificación. Recuperando la definición de signo, algo que *está por* otra cosa, es evidente que ello implica no estar por sí mismo (no hay un signo que sea de sí mismo). Para que la expresión facial pueda significar, ser mediadora de algún contenido emocional opaco, descubrir un sentimiento oculto o ‘interior’, es condición que se produzca un quiebre de la relación facial de inmediatez.

El movimiento por el que un recurso natural psicobiológico, en nuestro caso la expresión facial, puede volverse significación ejemplariza el paso de la P2P embrionaria, hecha de relaciones cara a cara, hasta el nivel siguiente de intersubjetividad, donde la P1P y la P3P, que requieren distancia, se suman a los recursos de la mutua comprensión. La emergencia de la significación (soslayando las señales, que sólo estimulan nuestra sensopercepción) es por lo tanto un puente entre las diferentes formas de nexos interindividuales.

El presente trabajo no buscó indicar de qué manera exacta la P1P y la P3P, cada una por su lado y según sus características, pueden desarrollarse como alternativas ulteriores de la P2P, sino indicar que la emergencia de la significación para las expresiones de la cara, que implica la desagregación del complejo afectivo-físico de expresión-emoción, permite plantear la conexión entre dos diferentes planos de intersubjetividad diádica: uno que no precisa de la representación mental o la inferencia en un sentido lógico, y otro que las incluye necesariamente como resortes de enlace con el semejante. Lo perceptivo se hace signo cuando permite acceder hasta lo imperceptible. Por el contrario, cuando en la cara está alojada la totalidad del sentimiento, la conexión con otro se produce en ausencia de mediación y por lo tanto el signo aún no ha asumido su papel.

Referencias bibliográficas

- Agustín de Hipona (1946-2002). De doctrina christiana. *Obras completas*, Vol. XV. BAC.
- Balmaceda, T. (2017). Apuntes acerca de la hipótesis de la percepción directa de los estados mentales. En D. Pérez y D. Lawler (Comps.), *La segunda persona y las emociones*. SADAF.
- Bateson, M. C. (1979). The epigenesis of conversational interaction: A personal account of research development. En M. Bullowa (Ed.), *Before speech. The beginning of interpersonal Communication* (pp.63-78). Cambridge University Press.
- Carretero, S., Español, S., Rodríguez, F. G., y Shifres, F. (2022). Infant-Directed Improvised Performances, Protoconversations, and Action Songs During the First Year of Life. En S. Español, M. Martínez y F. G. Rodríguez (Eds.), *Moving and Interacting in Infancy and Early Childhood. An Embodied, Intersubjective, and Multimodal Approach to the Interpersonal World*, (pp. 57-89). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-031-08923-7_3



- Castañares, Wenceslao (2018). *Historia del pensamiento semiótico. Vol. 2: La Edad Media*. Trotta.
- Charlesworth, W. R., y Kreutzer, M. A. (1973). Facial expressions of infants and children. En P. Ekman (Ed.), *Darwin and facial expression: A century of research in review* (pp. 91-168). Malor Books.
- Eckerdal, P., y Merker, B. (2009). "Music" and the "action son" in infant development: An interpretation. En S. Malloch y C. Trevarthen (Eds.), *Communicative musicality: Exploring the basis of human companionship* (pp. 241-258). Oxford University Press.
- Bordoni, M., y Español, S. (2018). Antecedentes del juego con las formas de la vitalidad al inicio del segundo año de vida. En N. Alessandrini y M. Burcet (Eds.), *La experiencia musical. Investigación, interpretación y prácticas educativas. Actas 13º Encuentro de Ciencias Cognitivas de la Música*, 76-89. SACCoM. <https://www.aacademica.org/maria.ines.burcet/59>
- Bråten, S. (Ed.) (1998). *Intersubjective communication and emotion in early ontogeny*. Cambridge University Press.
- Español, S., Bordoni, M., Carretero Pérez, S., Martínez, M., y Camarasa, R. (2018). La imitación y el entonamiento afectivo en el juego social temprano. *Interdisciplinaria*, 35(2), 291-305. <http://www.scielo.org.ar/pdf/interd/v35n2/v35n2a03.pdf>
- Español, S., Martínez, I., Shifres, F., y Pérez, D. (2022). The Infant-Directed Improvised Performances: What They Are and What Happens Through Them. En S. Español, M. Martínez y F. G. Rodríguez (Eds.), *Moving and Interacting in Infancy and Early Childhood. An Embodied, Intersubjective, and Multimodal Approach to the Interpersonal World*. Springer.
- Fantasia, V., Fasulo, A., Costall, A., y López, B. (2014). Changing the game: Exploring infants' participation in early play routines. *Frontiers in Psychology*, 5, 522. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00522>
- Gallagher, S. (2001). The practice of mind: Theory, simulation or interaction? En E. Thompson (Ed.), *Between ourselves: Second person issues in the study of consciousness* (pp. 83-108). Imprint Academic.
- Gallagher, S. (2005). *How the Body Shapes the Mind*. Oxford University Press.
- Gallagher, S. (2008). Direct perception in the intersubjective context. *Consciousness and Cognition*, 17(2), 535-543. <https://ro.uow.edu.au/cgi/viewcontent.cgi?article=2139&context=lhapapers>
- Gomila, A. (2001). La perspectiva de segunda persona: mecanismos mentales de la intersubjetividad. *Contrastes: Rev. Internacional de Filosofía*, 6(6), 65-86. <https://doi.org/10.24310/Contrastes-contrastes.v0i0.1448>
- Gomila, A. (2002). La perspectiva de segunda persona de la atribución mental. *Azafra: Revista de Filosofía*, 4, 123-138. <http://revistas.usal.es/index.php/0213-3563/article/view/3719/3736>
- Husserl, E. (1952). *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie. Zweites Buch: Phänomenologische Untersuchungen zur Konstitution (Hua IV)*. Martinus Nijhoff.

- Jacob, P. (2011). The direct-perception model of empathy: a critique. *Review of Philosophy and Psychology*, 2(3), 519-540. <https://link.springer.com/article/10.1007/s13164-011-0065-0>
- Kalpokas, D. (2019). Algunas reflexiones en torno al conocimiento de las otras mentes. En C. Scotto, F. G. Rodríguez, & I. Audisio (Comp.), *Los signos del cuerpo: Enfoques multimodales de la mente y el lenguaje* (pp. 177-198). Teseo.
- Malloch, S., y Trevarthen, C. (2009). *Communicative musicality: Exploring the basis of human companionship*. Oxford University Press.
- Mandler, J. (2012). On the spatial foundations of the conceptual system and its enrichment. *Cognitive Science*, 36, 421-451.
- Mandler, J., y Pagán Cánovas, C. (2014). On defining image schemas. *Language and Cognition*, 6(4), 510-532.
- Martínez, M. (2010). *De la intersubjetividad primaria a la secundaria: ¿Qué percibe el bebé cuando mira al adulto?* Tesis de Maestría. FLACSO-UNAM.
- Martínez Herrador, J. L. (1991). Las emociones y su expresión en la primera infancia. Las vías facial y vocal. *Aula*, 4, 66-81. <https://doi.org/10.14201/3250>
- Meltzoff, A., y Moore, M. K. (1977). Imitation of facial and manual gestures by human neonates. *Science*, 198(4312), 75-78. <https://www.science.org/doi/abs/10.1126/science.198.4312.75>
- Meltzoff, A., y Moore, M. (1983). Newborn infants imitate adult facial gestures. *Child Development*, 54(3), 702-709. <https://asset-pdf.scinapse.io/prod/2051060617/2051060617.pdf>
- Meltzoff, A., y Moore, M. (1989). Imitation in newborn infants: Exploring the range of gestures imitated and the underlying mechanisms. *Developmental Psychology*, 25(6), 954-962. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.25.6.954>
- Meltzoff, A. (2005). Imitación y otras mentes: la hipótesis 'como yo'. En D. Pérez, S. Español, L. Skidelsky y R. Minervino (Eds.). *Conceptos. Debates contemporáneos en filosofía y psicología*. Catálogos.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Gallimard.
- Nelson, C., Morse, P., y Leavitt, L. (1979). Recognition of facial expressions by seven-month-old infants. *Child Development*, 50(4), 1239-1242. <https://doi.org/10.2307/1129358>
- Pérez, D., y Español, S. (2014). Intersubjetividad y atribución psicológica. En P. Quintanilla, C. Mantilla y P. Cépeda (Eds.) *Cognición social y lenguaje: La intersubjetividad en la evolución de la especie y en el desarrollo del niño*, pp. 371-392. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Pérez, D., y Gomila, A. (2022). *Social Cognition and the Second Person in Human Interaction*. Routledge.
- Reddy, V. (2008). Mind knowledge in the first year: Understanding attention and intention. En G. Bremner y A. Fogel, *Blackwell Handbook of Infant Development* (pp. 241-264). Blackwell.
- Rochat, P. (2001). *El mundo del bebé*. Morata.

- Rodríguez, F. G. (2020). 'Aliquid pro aliquo'. Asociación, representación y significación. M. T. Dalmaso y C. Guerri (Coords.), *Proceedings of the 14th World Congress of Semiotics. International Association of Semiotics* (pp. 115-125). IASS Publications.
- Rodríguez, F. G. (2021). *Semántica y pragmática en la comunicación del niño pregramatical. Gesto y palabra antes de la articulación morfosintáctica*. Teseo.
- Rodríguez, F.G. (2022). Psicología de la infancia temprana y segunda persona: investigación empírica y teoría. *Teorema. Revista internacional de filosofía*, 41(2), 65-80. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8601304>
- Romanes, G. J. (1888). *Mental evolution in man*. Keegan Paul, Trench and Co.
- Saarni, C., Mumme, D. L., y Campos, J. J. (1997). Emotional development: Action, communication, and understanding. En W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology* (Vol. 3, 5th ed., pp. 237-309). John Wiley.
- Sánchez Barbieri, Z. (2019). Percepción dinámica de expresiones faciales y atribución de emociones. En C. Scotto, F. G. Rodríguez, & I. Audisio (Comp.), *Los signos del cuerpo: Enfoques multimodales de la mente y el lenguaje* (pp. 199-228). Teseo.
- Scheler, M. (1923/1957). *Esencia y formas de la simpatía*. Losada.
- Scotto, C. (2002). Interacción y atribución mental: la perspectiva de la segunda persona. *Análisis filosófico*, 22(2), 135-151. <https://doi.org/10.36446/af.2002.238>
- Scotto, C. (2020). Los rasgos y contenidos de la percepción facial. En *XI Encuentro Asociación de Filosofía e Historia de la Ciencia* (pp. 675-690). UNTREF.
- Scotto, S. C. (2022). A Pragmatics-First Approach to Faces. *Topoi*, 41(4), 641-657. <https://doi.org/10.1007/s11245-022-09821-1>
- Sebeok, T. (1994). *Signs. An introduction to semiotics*. University of Toronto Press.
- Stern, D. (2010). *Forms of vitality: Exploring dynamic experience in psychology, the arts, psychotherapy, and development*. Oxford University Press.
- Stout, R. (2010). I—Seeing the Anger in Someone's Face. *Aristotelian Society Supplementary Volume*, 84(1), 29-43. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8349.2010.00184.x>
- Valenza, E., Simion, F., Macchi-Cassia, V., y Umiltà, C. (1996). Face preference at birth. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance*, 22(4), 892-903. <https://doi.org/10.1037/0096-1523.22.4.892>
- Vietri, M., Alessandroni, N., y Piro, M.C. (2019). La perspectiva de segunda persona de la atribución de estados mentales: una revisión sistemática de su estado actual de desarrollo. *Psykhé*, 28(2), 1-17. <https://doi.org/10.7764/psykhe.28.2.1280>
- Vietri, M., Alessandroni, N., y Piro, M. C. (2022). Intentional understanding through action coordination in early triadic interactions. *Integrative Psychological and Behavioral Science*, 57, 655-676. <https://doi.org/10.1007/s12124-022-09677-5>

- Walker-Andrews, A. (1997). Infant's perception of expressive behaviors: differentiation of multimodal information. *Psychological Bulletin*, 3(121), 437-456. https://www.researchgate.net/profile/Arlene-Walker-Andrews-2/publication/14081073_Infants'_Perception_of_Expressive_Behaviors_Differentiation_of_Multimodal_Information/links/0deec52ff9c7de36d2000000/Infants-Perception-of-Expressive-Behaviors-Differentiation-of-Multimodal-Information.pdf
- Wittgenstein, L. (1953/1988). *Investigaciones filosóficas*. Altaya.
- Wittgenstein, L. (1970/1979). *Zettel*. University of California.

